

Special Session:

Post-Extractivism and De-Growth: Two Sides of the Same Perspective?

Organizer and Chair: Dr. Karin Gabbert, Rosa Luxemburg Foundation

Alberto Acosta

Key words:

growth, extractivism, economy, nature, sustainability

Summary:

Imagining an economy beyond growth is one of the great challenges of our times, to prevent a social and environmental debacle which could threaten humanity itself.

There is a correspondence between debates on degrowth in the global north and postextractivism in the global south, as the sustainability limits of the planet are being reached. Nonetheless, the issue of inequality cannot be ignored in these debates. IN the global South, growth must be differentiated into “good and bad growth”, as Manfred Max Neef states, taking into account real social needs. The global South must seek sustainable life options that are not a mere caricaturesque copy of western/northern lifestyle. As important steps in this direction, Nature must be de-commodified and economy subordinated to ecology. Economy must be rethought giving back to production its material significance and breaking with the epistemology of mere value.

Extractivism follows the logic of growth which is part of the “genetic code” of today’s economic system, programmed to grow or die, as Enrique Leff says. It is not only promoted by neoliberal political forces in Latin America, but also by progressive governments.

Abstract:

El pensamiento dominante propio de la globalización capitalista nos conduce a pensar que es imposible un mundo sin petróleo, minería o agroindustria. Igualmente, desde la misma perspectiva de las visiones dominantes (e inclusive de ciertas lecturas progersistas), se plantea como imposible imaginarse una economía que no propugne el crecimiento económico.

La realidad, sin embargo, nos dice que esa es la gran tarea del momento. Por un lado, es cada vez más urgente transitar del extractivismo centrado en las demandas del capital hacia una visión que priorice la vida en su más amplia expresión y que viabilice la construcción de sociedades de vida digna. Y por otro lado es preciso replantearse la

cuestión de crecimiento económico, para liberarse de esta atadura que puede concluir en una debacle socioambiental mundial de impredecibles consecuencias. Esta tarea pone a prueba toda la capacidad del pensamiento crítico así como la capacidad de inventiva y de creatividad de las sociedades, de los Estados y por cierto de las organizaciones sociales y políticas.

Cerrar la puerta a este debate, es cerrar la puerta a la democracia misma.

Los límites coloniales del extractivismo

El extractivismo está en el corazón del discurso político de las distintas tendencias políticas, no sólo entre las que se adscriben al neoliberalismo, sino también entre las que se distancian de él. Una lectura crítica de estos discursos y los argumentos con que se sostienen resulta indispensable para elaborar cualquier propuesta crítica. Así, hablar de extractivismo se ha convertido en un lugar común del lenguaje cotidiano particularmente en todos los países sudamericanos, que atraviesan por un proceso cada vez más brutal de intervención de las empresas extractivas reguladas por intereses transnacionales.

Por lo tanto es indispensable conocer el significado y los alcances del extractivismo, sus bases, sus fundamentos, y la propia historicidad de sus elementos. Es un esfuerzo complejo pues se trata de una práctica que en América Latina lleva más de 500 años como base de su economía.

Es preciso, entonces, debatir las visiones extractivistas de los gobiernos neoliberales, así como las de los gobiernos progresistas, que en la práctica profundizan esta modalidad de acumulación, pero que, al menos en el discurso, reconocen la necesidad de una transición. Del extractivismo de origen colonial se ha transitado a un neoextractivismo, que tiene algunos puntos recuperables, como el mayor control del Estado sobre las actividades extractivas y la distribución de sus rentas, pero que no se aleja para nada de una modalidad de acumulación dependiente y subdesarrolladora.

El crecimiento económico, un camino sin salida

Simultáneamente asoma la urgencia de analizar lo que representa la economía y la sociedad misma del crecimiento. Son ya muchos los pensadores en el Norte global como Nicholas Georgescu-Roegen, Kenneth Boulding, Herman Daly, Rofie Hueting, Serge Latouche o Joan Martínez Alier que han demostrado las limitaciones del crecimiento económico. Incluso Amartya Sen, Premio Nobel de Economía, economista que no cuestiona el capitalismo, rompió lanzas en contra del crecimiento económico visto como sinónimo de desarrollo.

En la actualidad se multiplican los reclamos, sobre todo en los países industrializados, por una economía que propicie no sólo el crecimiento estacionario, sino el “decrecimiento”. Aquí podríamos citar los trabajos de Enrique Leff o Serge Latouche, seguidores tardíos de John Stuart Mill, economista inglés, que en 1848 anticipó algunas reflexiones fundacionales de lo que hoy se conoce como una economía estacionaria.

De esta manera se expande la construcción de alternativas para dar paso a una transición hacia otra forma de organización de la producción y la misma sociedad, se pregunta

Este debate está cada vez más presente en los países industrializados, los mayores responsables de la debacle ambiental global. Pero es ya también motivo de preocupación en el Sur. Y no se trata de que los países empobrecidos no crezcan o crezcan poco para que los países ricos mantengan sus insostenibles niveles de vida. En los países subdesarrollados resulta por lo menos oportuno diferenciar el crecimiento “bueno” del crecimiento “malo”, como lo plantea Manfred Max-Neef, el que se definirá por las historias naturales y sociales que lo explican.

Postcrecimiento y postextractivismo, un debate compartido

A nivel global, en definitiva, estamos conminados a debatir de manera seria y responsable sobre el urgente decrecimiento económico en el Norte global, que necesariamente deberá venir de la mano del postextractivismo en el Sur global. Ahora, cuando los límites de sustentabilidad del mundo están siendo literalmente superados, es indispensable, además, construir soluciones ambientales vistas como una asignatura universal. Pero eso no implica para nada negar la cuestión de las desigualdades e inequidades sociales. Todo lo contrario.

Por un lado, los países empobrecidos y estructuralmente excluidos deberán buscar opciones de vida digna y sustentable, que no representen la reedición caricaturizada del estilo de vida occidental. Mientras que, por otro lado, los países “desarrollados” tendrán que resolver los crecientes problemas de inequidad internacional que ellos han provocado y, en especial, tendrán que incorporar criterios de suficiencia en sus sociedades antes que intentar sostener, a costa del resto de la Humanidad, la lógica de la eficiencia entendida como la acumulación material permanente. Los países ricos, en definitiva, deben cambiar su estilo de vida que pone en riesgo el equilibrio ecológico mundial, pues desde esta perspectiva también son de alguna manera también subdesarrollados o “maldesarrollados” (Samir Amin, José María Tortosa). A la par deben asumir su corresponsabilidad para dar paso a una restauración global de los daños provocados, en otras palabras deben pagar su deuda ecológica. La crisis provocada por la creciente

superación de los límites biofísicos de la Naturaleza conlleva necesariamente a cuestionar la institucionalidad y la organización sociopolítica.

En este punto, las preguntas formuladas por Enrique Leff son cruciales:

- ¿Cómo desactivar el crecimiento de un proceso que tiene instaurado en su estructura originaria y en su código genético un motor que lo impulsa a crecer o morir?
- ¿Cómo llevar a cabo tal propósito sin generar como consecuencia una recesión económica con impactos socioambientales de alcance global y planetario?

Esto implica -siguiendo las reflexiones de este autor- una estrategia de deconstrucción y reconstrucción, para no hacer estallar el sistema. Se precisa re-organizar la producción, desengancharse de los engranajes de los mecanismos de mercado (sobre todo del mercado mundial), restaurar la materia utilizada para reciclarla y reordenarla en nuevos ciclos ecológicos. El mundo precisa una racionalidad ambiental capaz de deconstruir la racionalidad económica, que construya procesos de reapropiación de la Naturaleza y reterritorialización de las culturas.

Ante estos retos, aflora con fuerza la necesidad de repensar la sustentabilidad en función de la capacidad de carga y [resiliencia](#) de la Naturaleza. En otras palabras, la tarea radica en el conocimiento de las verdaderas dimensiones de la sustentabilidad y en asumir la capacidad de la Naturaleza de soportar perturbaciones, que no pueden subordinarse a demandas antropocéntricas. Esta tarea demanda una nueva ética para organizar la vida misma. Se precisa reconocer que el desarrollo convencional, sustentado en el crecimiento económico, nos conduce por un camino sin salida. Los límites de la Naturaleza, aceleradamente desbordados por los estilos de vida antropocéntricos, particularmente exacerbados por las demandas de acumulación del capital, son cada vez más notables e insostenibles.

La tarea parece simple, pero es en extremo compleja. En lugar de mantener el divorcio entre la Naturaleza y el ser humano, hay que propiciar su reencuentro, algo así como intentar atar el nudo gordiano roto por la fuerza de una concepción de vida depredadora y por cierto intolerable.

Para lograr esta transformación civilizatoria, una de las tareas iniciales radica en la desmercantilización de la Naturaleza como parte de un reencuentro consciente con la Naturaleza. Más que eso aún, los objetivos económicos deben estar subordinados a las

leyes de funcionamiento de los sistemas naturales, sin perder de vista el respeto a la dignidad humana y procurando asegurar calidad en la vida de las personas. Claro y sin rodeos, la economía debe subordinarse a la ecología.

Por una razón muy simple, la Naturaleza establece los límites y alcances de la sustentabilidad y la capacidad de renovación que poseen los sistemas para auto renovarse, de las que dependen las actividades productivas. Es decir, que si destruye la Naturaleza se destruye la base de la economía misma.

En concreto la economía debe echar abajo todo el andamiaje teórico que, de acuerdo a José Manuel Naredo, vació de materialidad la noción de producción y (separó) ya por completo el razonamiento económico del mundo físico, completando así la ruptura epistemológica que supuso desplazar la idea de sistema económico, con su carrusel de producción y crecimiento, al mero campo del valor.

Esto nos conmina a evitar las acciones que eliminen la diversidad, reemplazándola por la uniformidad que provoca la megaminería o los monocultivos, por ejemplo, pues estas actividades como reconoce Godofredo Stutzin, “rompen los equilibrios, produciéndose desequilibrios cada vez mayores.”

Por otro lado, si la economía debe subordinarse a los mandatos de la Tierra, el capital tiene que estar sometido a las demandas de la sociedad humana, que es parte de la Naturaleza misma. Esto exige dar paso a esquemas de profunda redistribución de la riqueza y del poder, así como de construcción de sociedades fundamentadas en equidades en plural. No solo está en juego la cuestión de la lucha de clases, es decir el enfrentamiento capital-trabajo. Está en juego la superación efectiva del concepto de “raza” en tanto elemento configurador de las sociedades dependientes, en donde el racismo es una de sus manifestaciones más crudas. Es tarea fundamental y urgente la superación del patriarcado y del machismo.

Desde esa perspectiva hay que consolidar y ampliar la vigencia de los Derechos Humanos y los Derechos de la Naturaleza, vistos como un punto de partida para la construcción democrática de sociedades democráticas, es decir asegurando un mayor y efectiva participación ciudadana y comunitaria. Escribir ese cambio histórico, es decir el paso de una concepción antropocéntrica a una (socio) biocéntrica, así como la superación de una economía inspirada en el crecimiento atado a la acumulación del capital, es el mayor reto de la Humanidad si es que no se quiere poner en riesgo la existencia misma del ser humano sobre la tierra.-

